

A stylized map of the African continent is rendered in brown. Overlaid on the map are three raised fists: one in the top left (yellow outline), one in the center (red outline), and one in the bottom right (yellow outline). A white quill pen is positioned vertically, passing through the center of the map and the central fist. The background of the entire cover features a sunburst or starburst pattern in dark grey.

DANIEL PINILLA

LA MARCHA NEGRA

**La novela de la revolución africana
que está por llegar**

 **SAMARCANDA**

«Critón, debemos un gallo a Esculapio;
no te olvides de pagar esta deuda».

Últimas palabras de Sócrates antes de morir, recogidas por
Platón en su diálogo *Fedón* (Sobre el alma).

Una arenga para la eternidad

Por más que me esfuerzo, me resulta imposible interpretar qué le está pasando por la cabeza a mi hermano ahora, en este momento crucial e irrepetible. Calculo que somos miles, varias decenas de miles, los que le hemos acompañado hasta aquí. Si esta cantidad es un éxito para una convocatoria continental o si nos hemos quedado a medias es algo que sólo juzgará la posteridad. Estamos a punto de convertirnos en protagonistas de la Historia, escrita con mayúsculas.

Nos encontramos a las afueras de la pequeña localidad de Fnideq (Castillejos en español). Queda poco más que un paseo hasta la frontera que da acceso a Ceuta, técnicamente territorio de la Unión Europea. Hemos sobrevivido a la extorsión y la humillación, también a la incomprensión, al hambre, a la falta de medicinas y de logística, a la manipulación de los medios que pretendieron vender una imagen de mi hermano cercana a la de un demente, un loco con ínfulas mesiánicas que iba a llevarnos al abismo a todos los imbéciles que decidiéramos seguirlo. Nada de eso ha sucedido. Bueno, un poco sí. Hemos sufrido algunas bajas

colaterales muy significativas, muertes intencionadas. Homicidios es la palabra correcta. Ningún obstáculo nos ha detenido; no sabían con quiénes trataban: somos la escoria, gente que hemos crecido alimentándonos de inmundicias y sin conocer siquiera la fecha de nuestros cumpleaños. Despojos humanos que decidimos escoltar a uno de los nuestros en esta carrera de incierto final, pero teñida de una verdad igualmente rotunda.

Ya no hay marcha atrás posible; que toda la Hermandad Africana rece lo que sepa o quiera y avancemos sin titubeos. Cada uno será responsable de lo que cada uno haga. No hay más instrucciones y sí un objetivo: cambiar de una vez y para siempre el estatus de África en el concierto mundial. Es nuestra única oportunidad para desviar el inapelable, por dirigido, rumbo de la Historia. Y no la podemos desaprovechar.

Comienza a llover con fiereza. El cansancio acumulado se mezcla con los nervios y la ilusión (o el temor) por lo desconocido. A nuestra derecha queda el Mediterráneo. La silueta de Ceuta, con su bandera europea a la entrada de la frontera de El Tarajal, se divisa con nitidez. Presumo que la cobertura mediática va a ser algo nunca visto; he perdido la cuenta de la cantidad de unidades móviles de televisión funcionando, amén de los cientos de reporteros individuales con sus teléfonos activados, haciendo que el mundo vire sus ojos hacia nosotros, hacia mi hermano. No soy capaz de imaginar cuántas televisiones más habrá aguardando en la parte española, tras esa verja plagada de concertinas que cortan la carne humana con suma facilidad si reciben la presión necesaria. Que no es demasiada. También hay drones y un par de helicópteros filmando. Justo ahora este grupo amorfo y gigante de africanos locos nos hemos convertido en el centro de la atención planetaria. La Tierra entera contiene el aliento para ver en qué desemboca toda esta aventura que nos ha hecho cruzar un continente entero para que nada vuelva a ser como hasta ahora.

Caiga quien caiga. La justicia histórica está de nuestra parte. Estoy convencido de ello.

Consulto mi reloj y constato que estamos a un minuto escaso del mediodía. Mi hermano, Alhaadi K. Thompson, se conecta consigo mismo, busca fortaleza en su yo interior como suele hacer en los momentos de gravedad, relaja mínimamente los músculos de su cara, fija su mirada en mí y señala el micrófono que un desconocido ha traído junto a un amplificador portátil. Gran idea la suya. Alhaadi parece hoy más negro que nunca. Como atuendo no lleva otra cosa que su habitual chándal de imitación, abrochado hasta arriba y de tonalidad oscura, además de unos vaqueros gastados y unas zapatillas de deporte, también de imitación. Nuestro comandante sigue siendo uno de nosotros, no han podido comprarlo. Agarra el micrófono y se para hasta el viento. Sólo existe su palabra. Rezo para que esté inspirado en este trance.

Se dispone a pronunciar una arenga en suajili, salpicada con francés, inglés y algo de árabe. Para ser sincero, no tengo ni la más remota idea de qué nos va a contar. Su rostro es inescrutable. Diría que está asustado por la trascendencia de los sueños y vidas puestos en juego. Demasiada responsabilidad para un muchacho que no alcanza los treinta años.

«Hermanos de África...»

Nuestra jungla se llama Kibera

Permitan que regrese al origen de nuestra historia para explicar cómo logramos cambiar la geopolítica internacional poco después del año 2020, según el calendario cristiano. Aclararé que mi hermano y yo somos un producto de la *jungla* Kibera, esa zona indefinida, siempre en permanente crecimiento, de chabolas e infraviviendas que se sitúa a pocos kilómetros de la capital de Kenia, la gran Nairobi. Mi nombre es James Edward *pequeño mono* (*little monkey*) Smith y mi objetivo con este sucedáneo de diario es dejar constancia de los fabulosos hechos que propiciaron y motivaron que mi hermano de sangre, Alhaadi, sedujera al Continente Negro para que alzase la voz de forma unánime por vez primera en el devenir de este cochino mundo.

Agradezco mucho a la señorita Samantha J. Stone, afamada experiodista de la BBC y auténtica ideóloga de este libro, por haberlo concebido como legado necesario de nuestra epopeya. Fue ella quien me impulsó a montar, pulir expresiones y ordenar esta redacción que ahora comienza. Si advierten elocuencia en estas líneas es gracias a ella, no a mí. Desearía que esta narración

fuera publicada antes del próximo verano, por si acaso nuestros enemigos acaban antes con nuestras vidas o con la memoria real de la hazaña de subvertir el odioso orden social establecido y asumido como legítimo (menuda mierda). Este legado no debe caer jamás en el olvido, no es admisible que sea sepultado por los programas de entretenimiento que los medios de comunicación masivos vomitan constantemente para evitar que pensemos en las cuestiones esenciales. Magníficas cortinas de humo con el objetivo de convertir en borregos a la inmensa mayoría de la población mediante una refinada operación de ingeniería social. La gente, sobre todo la que vive en los países desarrollados, se encuentra demasiado expuesta y controlada por sus dispositivos móviles, siempre bajo una apariencia falsa de libertad. Tal y como me enseñaría mi hermano, el Mito de la Caverna que pregonó Platón resume toda esta infamia. Nuestro despertar será también el de ellos. Pero no quiero adelantarme, regresemos al kilómetro cero. Al comienzo de todo.

Les decía que, tanto Alhaadi como yo, somos productos genuinos de Kibera, el mayor asentamiento de pobreza de África, un difuso magma del que se desconoce la cantidad de gente que la habita, malvive y muere de la manera más indigna e inhumana. El alimento básico de los kibereños es la inmundicia rescatable que se pueda encontrar entre los montones de desperdicio que se amontonan allí donde al personal le da por arrojar basuras. Que es en casi todos lados. Quizás los edificios (por llamarlos de una manera académica) más respetados a la hora de mantenerlos a salvo de la mugre, las ratas y los perros asilvestrados, sean las pequeñas capillas que se diseminan por esta ciudad sin ley donde las necesidades de encontrar algo que llevarse a la boca eliminan la posibilidad de que nos paremos a meditar en qué consiste mi misión en la vida y quién soy yo. No hay tiempo para otra cosa

que no sea salvar el día con algo en la barriga e intentar no caer enfermo. Cualquier alternativa es inexistente.

Mi hermano siempre me ha asegurado que en los confines de su memoria, en la frontera de lo nebuloso, sus primeros recuerdos sólo dibujan trazos que lo sitúan merodeando junto a los puestos ambulantes de comida o por los mercados, tratando de suplicar limosna si no veía la ocasión de robar algo que llevarse a la boca. Es una imagen poderosa, que le asalta cada poco en los sueños y que le recuerda una y otra vez que, por mucho que haya prosperado con los estudios y conseguido un trabajo con un sueldo regular, nunca dejará de ser otro niño keniaita que ignora la fecha de su nacimiento y el nombre de sus padres. Alhaadi es uno más de los salvados por Mamá Tunza. Igual que yo.

Imagino que conocen quién es esa santa mujer que nos rescató de una existencia miserable y nos hizo sentir parte de una familia... de desarraigados, pero familia al fin y al cabo. Luego iré con ella y con su papel determinante en nuestras vidas. Antes, me veo en la obligación moral de aclararles el porqué de mi apodo tan particular. La explicación es bien sencilla: aparentemente fui abandonado por mi madre biológica al comienzo de mis días y me crio una familia de babuinos. Así, como suena. Por fortuna, acabé siendo adoptado por Mamá Tunza, un día que se cruzó con un grupo de monos y reparó en que el bebé que una de las hembras portaba en su espalda no parecía de su misma especie... ¡Era un humano! Sí, no se lleven las manos a la cabeza; estas cosas suceden en una sociedad tan desestructurada como es casi cualquiera en África, con la excepción de los escasos núcleos urbanos realmente desarrollados.

Según me relataron más adelante, hasta los dos años (aproximadamente) conviví con estos babuinos como uno más de su manada. De hecho, no lo hicieron tan mal conmigo, puesto que no me hallaba en estado grave de desnutrición, cuando Mamá

Tunza (el adjetivo significa *cuidadora*) me intercambió por un puñado de bananas. La mona que me llevaba dudó sólo unos segundos qué le interesaba más, si seguir cargando conmigo o asegurarse la panza llena por un día. Ganó lo segundo. Cuando mamá (la llamaré así de ahora en adelante) se acercó a recogerme de donde me había depositado el animal, mi agradecimiento fue salvaje: la arañé y la mordí. Mi instinto animal obraba por mí y supongo que pensaba que los míos eran los que colgaban de las ramas, no los que andaban vestidos. Mi mamá tiene el cielo ganado. Se lo debo todo. De hecho, aun en la actualidad, no pasa un solo día en que no me atraviere el pensamiento la pregunta de qué habría sido de mi vida si ella no se hubiera cruzado en mi camino. Quizás yo tendría una existencia más sencilla, posiblemente me habría convertido en un magnífico saltimbanqui asilvestrado... o puede que hubiera acabado capturado por un circo y expuesto como un raro espécimen, algo así como el eslabón perdido del África Negra. Papeletas tenía para ello.

Creo que será mejor si abandonamos las ucronías. Lo único cierto es que, un par de años después de mi regreso al mundo humano, quizás tres, desarrollé por completo mi capacidad de reconocerme a mí mismo como un ser normalizado y social. He de admitir, sin embargo, que todo esto me lo han contado. Mi frágil memoria ha borrado mis primeros recuerdos, aunque de vez en cuando aún siento que soy capaz de interpretar los gruñidos de algunos monos, sobre todo cuando aúllan avisando de un peligro. Intuyo que esa herencia sensorial es algo natural. No me avergüenzo de ella; es más, la veo con simpatía.

Continuemos. Mamá y mi hermano Alhaadi fueron, desde que dispongo de consciencia, mi auténtica y genuina familia. Para quien lo desconozca, diré que nuestra madre, una santa analfabeta, ya había decidido un lustro antes de recogernos a ambos que consagraría su existencia a tratar de retirar de la calle a todos

los niños desarrapados que pudiera mantener bajo su cobijo. Un buen día, alguien le dejó un bebé a su cuidado y ella no lo rechazó. A partir de ahí, su labor no ha cesado ni un segundo. Es más, se ha incrementado exponencialmente porque mamá no sabe decir que no... y porque alguien tenía que hacer algo digno en nuestro pequeño ecosistema cochambroso de la África más destrozada en su decoro. La luz también puede refulgir entre la porquería y la suciedad. Nosotros somos el vivo ejemplo de que, si existe verdadera voluntad, la decencia puede acabar imponiéndose.

Creo que Alhaadi es un poco mayor que yo, aunque eso es algo que nunca vamos a saber con certeza. Quizás sea una sensación que anida en mí porque mi dieta era muy limitada cuando me rescataron de los babuinos. Puede que ésa sea la causa de que mi talla nunca haya sido destacable. No me supone un problema, estoy contento con mi aspecto. Les decía que en todo momento he considerado a Alhaadi como mi hermano mayor y supongo que es así, más que por su corpachón, por su permanente actitud de protección y cuidado hacia mí. Siempre he sentido que puedo contar con él en cualquier circunstancia. Es una persona cauta, muy inteligente, que únicamente se pone en lo peor cuando lo peor está sucediendo. No gasta energía en hipótesis funestas que sólo amenazan desde el mundo de lo posible. Nunca jamás le he visto hacerlo. Actúa cuando le corresponde, cuando siente que es su momento, ni antes ni después. Definitivamente, su carácter es el de un líder nato.

Cuando no éramos más que mocosos, ya se le intuía una personalidad especial; su capacidad de influencia en todos nosotros, el resto de los niños de los que cuidaba mamá, era gigante. Reconozco con orgullo que siempre ha sido mi referente y me siento feliz de que ambos hayamos generado un sentimiento de hermandad tan particular que nos hace cómplices en todo aquello en que

nos podamos embarcar. Soy un afortunado por ser el favorito de nuestro particular filósofo de Kibera.

Creo llegado el momento de describirles cómo es Alhaadi en privado y de qué manera comenzó a dar pasos, casi desde que gateaba, para acabar poniendo patas arriba un continente entero. Entender cómo se produjo su epifanía resulta trascendental para comprender por qué tantos miles hemos decidido abandonarlo todo y seguirlo. Por qué admiramos tanto su carisma y su forma de comunicar. Antes les aclararé que mi hermano responde al prototipo del keniata medio: cabello vigoroso, enjuto en carnes, fibroso, de extremidades ágiles, con los pómulos marcados, talla media alta, tez bien oscura, azul según los días, y rostro afilado por la aparición más adelante de un bigotillo que resultaría ridículo en cualquiera de nosotros, pero que a Alhaadi le conferirá un toque de distinción que lo asemeja a un *lord* inglés de la burguesía más profunda.

Nada de lo que mi hermano haga o disponga como vestimenta le hace parecer ridículo, fuera de tono o soez. Su porte refleja una gallardía natural y muy particular. Salvo cuando va a trabajar, siempre viste ropa de deporte, aunque en su caso parece diseñada a medida. Luce como todo un caballero que esquivo la inmundicia de nuestro entorno. Literalmente se puede afirmar que no parece de este mundo. Cuando abre la boca, nadie diría que proviene de las chabolas; siempre es tan erudito y preciso en los términos que utiliza, que parece que viviera dentro de una biblioteca. Para oídos lerdos quizás suene demasiado repipi la mayoría de las veces. Pero en esa manera tan redicha de ser reside parte de su encanto.

Sigamos: la luz de sus ojos y esas pupilas capaces de contraerse y dilatarse de forma tan espectacular, casi como un papagayo, hacen que cualquiera que se disponga a escucharlo permanezca absorto y sin parpadear. Su voz es la que corresponde a un per-

fecto psicólogo, consigue de manera instantánea que el receptor se sienta comprendido y agradecido por escucharla. La suya es la madre de todas las empatías posibles. Es imposible que yo no lo admire, más cuando se trata de una persona que conoce su valía, pero que no se pavonea por ella ni desbarra comportándose como un engréido. En muchas ocasiones he sido informado de buenas acciones que ha realizado y de las que en ningún momento ha presumido o alardeado de forma pública. Ustedes pueden pensar que soy un exagerado y que Alhaadi (Alhaadi Kenneth es su nombre completo) no puede ser tan perfecto, que yo he perdido la perspectiva y que lo adulo en demasía. Puede que tengan razón.

Añadiré un dato biográfico más para que lo tengan en cuenta: mi hermano fue entregado a mamá cuando rondaba la edad de tres años. Su padre había fallecido inesperadamente en accidente laboral (era peón albañil, lo que en Kibera significa casi esclavitud cuando surge una irrechazable oportunidad de trabajo), mientras que su madre había muerto mucho antes, durante el parto del propio Alhaadi. No existía más familia a mano y el pequeño de la casa se quedó así, de un día para otro, solo en el mundo. Comenzó a mendigar para no morir de hambre. Un vecino lo recogió un tiempo, pero desistió porque consideraba ya excesiva la carga de sus propios hijos. De forma que una buena mañana conoció la existencia de mamá y, como les avancé antes, le encomendó la criatura.

Nuestra madre es una persona ética, no sabe mirar para otro lado y hacer como que la cosa no va con ella, así que desde aquel momento, sin titubeos, Alhaadi pasó a ser parte de nuestra familia. Y yo tuve la suerte de que lo pusieran a dormir en mi misma cama. Desde entonces somos inseparables. Según me han explicado, yo era singularmente cariñoso cuando pequeño. Abrazaba a todos todo el tiempo. Abrazaba constantemente a mi hermano. Quizás tenga algo que ver mi pasado con los babuinos. Estos animales

cargan con la fama de ser muy ariscos, pero yo sólo veo bondad y un lógico afán por la supervivencia en sus ojos. También en ellos veo a mis iguales, seres que merecen un respeto.

En breve comenzaré a repasar lo que nos ha acontecido en los últimos tiempos, así que será mejor que juzguen ustedes mismos por los hechos de los que tengo pleno conocimiento y no por lo que hayan podido leer en los medios de comunicación o en las deprimentes redes sociales, que no son más que vertederos inmorales.

Un guantazo como recordatorio

Comenzaré por el precedente intelectual que detonó la revolución. Nuestro hogar Kibera es un amasijo de cientos de miles, quizás de millones de personas que malviven como bestias a una distancia de pocos kilómetros del centro de Nairobi, uno de los centros financieros más relevantes en el continente. Pero para nosotros es como si nos hablasen de la luna. Se trata de otra dimensión. En Kibera la esperanza media de vida no alcanza los cincuenta años, prácticamente uno de cada cuatro habitantes anda por ahí infectado con el VIH, los niveles de contaminación son gigantes (respiramos auténtica mierda), los estándares de salubridad corresponden a los de una pocilga y el constante amontonamiento de residuos de alta toxicidad provoca regularmente una auténtica guerra contra la basura con la que convivimos y que no paramos de generar. Mucha gente enfocada únicamente en la supervivencia, carente de infraestructuras, de suministro de agua potable, de inodoros con un mínimo de privacidad, de resguardo durante las épocas de lluvia y sequía, de unos mínimos cuidados sanitarios. Un porcentaje incalculable, pero enorme y significa-

tivo, de los habitantes de Kibera desconocemos quiénes son o fueron nuestros padres, así como nuestra edad exacta. Somos una vergüenza para el mundo, que nos da la espalda y del que ignoramos prácticamente todo. ¿Sobramos? Posiblemente, puesto que nuestra utilidad productiva se limita a trabajar en condiciones demenciales, servidumbre en la práctica, cuando se presenta algo de faena, normalmente una actividad basada en trabajos manuales, puesto que la mayoría de los míos carece de una formación técnica decente. Y no digamos ya académica.

De un tiempo a esta parte, los turistas blancos (casi todos son blancos) que pasan por nuestro país para disfrutar de safaris fotográficos, también atienden a otro tipo de especímenes, que somos los habitantes de la porquería. No diré yo que no es mala idea tratar de sacarle algo de rentabilidad a nuestro deprimente ecosistema, pero resulta de muy mal gusto observar cómo aterrizan con sus cámaras y sus cuatro chucherías para tomar fotos y comprar recuerdos de la existencia humana más deprimente. Ojo, si a alguno le vale para despertar y actuar contra la injusticia de la desigualdad de oportunidades, bienvenido sea. Pero permitan que sea escéptico respecto a esa posibilidad. Por el momento, dediquémonos a facturar algo por el espectáculo dantesco de nuestra falta de recursos y no esperemos demasiado, más allá de colocar algunas artesanías y recibir fruslerías y limosnas varias.

Es una actividad que no cambia el *statu quo* establecido y admitido dentro de este círculo vicioso, casi medieval, en lo que la imposibilidad de ascender de estamento se refiere. Si te ha tocado la china de nacer en Kibera, tienes un noventa y nueve, coma noventa y nueve por ciento de opciones de permanecer en la inmundicia toda tu vida. En la oscuridad del desconocimiento de lo que hay más allá de la cochambre, tomado el término en su acepción más bíblica. Pareciera que la Providencia se encuentra enojada con nosotros y así lo ha decidido, como una suerte de

maldición eterna de la que resulta (casi) imposible escapar. Somos como un Atlas negro que carga y cargará siempre sobre nuestros hombros con la parte oscura del planeta.

Todo este triste panorama es aplicable a la inmensa mayoría de los kibereños, aunque existen excepciones honrosas. Como la de mi hermano Alhaadi, un tipo que siempre ha parecido fuera de contexto por manejarse con un porte y unos andares muy alejados de lo acostumbrado en nuestro suburbio. Desde muy pequeño, mostró señales de ser bien despierto y de comprender que sin conocimiento, sin cultura, no es posible ser libre. Lo recuerdo en todo momento pegado a un libro (una universidad británica, cuyo nombre no recuerdo, nos había regalado unos excedentes de su biblioteca), mientras que los demás niños de mamá andábamos detrás de un balón de fútbol o compartiendo los juguetes que de vez en cuando nos dejaban en herencia algunas asociaciones benéficas. De alguna manera instintiva, mi hermano nos tuteló siempre a todos, incluso a los mayores, desde un punto de vista moral y formativo.

Un día, cuando ya éramos adolescentes y nadie de los nuestros dudaba de que Alhaadi sería uno de los poquísimos que alcanzaría el acceso a los estudios universitarios, mi hermano me dijo lo siguiente. «Desde nuestra perspectiva, no vemos más que sombras. Debe de existir algo más puro, mejor, más allá del fango que nos rodea. La vida no puede ser sólo esto. No busco a Dios, no tengo seguridad de que exista; busco el conocimiento para poder entender por qué vivimos rodeados de dolor y enfermedades. Mamá nos cuida y nos ampara, pero el amor y la compasión escasean demasiado en Kibera. La urgencia por cubrir necesidades vitales, como la comida o un par de zapatos aunque sean usados, tapa toda posibilidad de que nos paremos a pensar en cuestiones más elevadas. No entiendo los planes de Dios, no sé qué se espera de nosotros más allá de sobrevivir el tiempo que podamos y de

experimentar alguna que otra borrachera con aguardiente casero para olvidar la cochambre que nos rodea». Crean que me estrujo la sesera para recuperar aquel discurso que escuché en solitario unos doce años atrás para poder transmitirlo ahora de forma fidedigna. Sí recuerdo con nitidez que Alhaadi me habló a mí, puesto que nadie más nos acompañaba, pero reconozco que tuve dudas de si realmente fue así o si se trató más bien de un diálogo interior, expresado en voz alta. Me pareció como si mi hermano comenzara a darse órdenes a sí mismo para dar un salto cualitativo y aprovechar todo su potencial real.

«Voy a estudiar Derecho. Quiero defender a nuestra gente de Kibera de todos los abusos legales con los que nos joden y nos entierran en vida. Si dentro de unos años siento que no he mejorado las condiciones de los nuestros, sabré que leer tantos libros habrá sido en vano. Ha llegado mi momento para el compromiso. Por favor, Jimmy (siempre me llama así), si pasa el tiempo y ves que no pongo en marcha ningún proyecto relevante, que signifique un cambio real, te ordeno que me des una torta en la cara con la mano abierta. Que me duela, de las que tú sabes dar así, con mala leche... Deberás recordarme que mi misión no es sólo acceder a un trabajo digno, sino impulsar algo que se entienda como una revolución. Exígeme que piense a lo grande. Miro dentro de mí y estoy seguro de que tengo esa capacidad. No me preguntes si me he vuelto loco; sólo promete que si me ves acomodado o estancado me meterás una buena guantada para despertarme. Te doy mi palabra de que te lo agradeceré...».

En aquel momento no entendí muy bien a qué diantres estaba haciendo referencia, pero accedí. Siempre accedo a lo que me diga mi hermano de sangre. «Para que puedas darte cuenta de si me debes pegar o no, recuerda esto: si lo que yo esté haciendo dentro de cinco años no sale en la página principal de los periódicos y en la televisión, golpéame muy fuerte, porque eso significará